

MUJERES

*de*

INVIERNO

LUIS CARRANZA TORRES



VESTALES

© Editorial Vestales, 2017.

Diseño de cubierta e interiores: Editorial Vestales.

Carranza Torres, Luis Ramiro  
Mujeres de invierno, 1.<sup>a</sup> ed., San Martín: Vestales, 2017.  
544 p.; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-3863-71-4

1. Novelas. 2. Novelas Históricas. I. Título  
CDD A863

ISBN 978-987-3863-71-4

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.  
Impreso en la Argentina. *Printed in Argentina.*

Este libro se terminó de imprimir en el mes de marzo de 2017 en Gráfica LAF SRL,  
Monteagudo 741, Villa Lynch, provincia de Buenos Aires, Argentina.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético electroóptico, por fotocopia o cualquier otro sin el permiso previo por escrito de la editorial. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

*A Susana Núñez Monasterio de Rial y  
Roque Pitín Faulin, ambos in memoriam,  
con el agradecido recuerdo por todo el apoyo,  
generosidad y buen humor recibido  
en los comienzos de mi carrera jurídica.*

*A mi hija Paulina María, in memoriam;  
ese instante de alegría de quien nunca fue,  
ni por asomo, una mujer de invierno.*

## PRÓLOGO

*Un espíritu cultivado  
es el que puede mirar las cosas  
desde muchos puntos de vista.*

Henri-Frédéric Amiel

**L**OS VISITANTES DEL OTRO LADO DEL MUNDO ARRIBAMOS FINALMENTE a Chartwell ya bien entrada la tarde. No veníamos solo nosotros. Todos llegábamos rodeados de nuestros fantasmas, con nuestras heridas, viejas pero aún sin cerrar, todavía a cuestas.

No fue sino hasta mucho más adelante que entendería el peso de los eventos de ese día en todos los hechos que siguieron.

Nuestro obeso y desagradable anfitrión nos había esperado pintando la mayor parte de la jornada en el jardín de las rosas y había preguntado ya tres veces por nosotros. Debo decir que la hora tardía de nuestro arribo tenía mucho que ver conmigo. No albergaba el menor deseo de ir hasta allí y me esforcé por hacer desistir a Ignacio hasta el último minuto. No me hacía ninguna gracia dejar las tiendas de Londres para una reunión campestre con quien era un recalcitrante enemigo de esa nación que, sin ser la mía, era de dónde provenía.

Pero mi marido era un buen amigo suyo, se habían cartea-do desde siempre, e Ignacio resultaba inconvencible en ese tipo de

cosas. Su culto a la amistad pudo más que mis sucesivas excusas y pedidos para cancelar la excursión.

*El buque que nos transportaba desde Argentina había amarrado en Southampton para descargar y realizar unas reparaciones menores. Eso último trajo aparejado extender el tiempo en puerto por un par de días, y nos dio la oportunidad de un pequeñísimo periplo por tierras inglesas. Dejarme una jornada en Londres para hacer compras fue simplemente la forma de Ignacio de lograr mi aceptación para ir brevemente hasta Kent al hogar campestre de los Churchill.*

*Llegados allí, apenas supo de nuestro arribo, Winston Churchill dejó su trabajo en el caballete para mostrarnos el parque y los jardines.*

*Su esposa, Clementine, pronto se nos unió para anunciar que el té estaba servido en el comedor de la residencia.*

*Debo reconocer que todos allí, empezando por el dueño de casa, se esforzaban para hacernos sentir lo más cómodos posibles. Supuse que el cargo que iba a desempeñar mi esposo no era ajeno a ello.*

*La mesa, cubierta con un mantel con el mismo motivo floral que adornaba los asientos de respaldo, se hallaba colmada de diversos platos con los más representativos alimentos de esa tierra. Desde galletas y porciones de variadas tortas hasta escones. Había también pastel de café y nueces, pastelillos glaseados, y hasta los infaltables sándwiches de pepino, tan tradicionales como incombibles. Por fortuna, habían dispuesto varios otros: de berro y huevo, salmón y crema, roast beef y mostaza, y queso y tomate. Todos ellos más pasables que el anterior. He odiado desde siempre la forma sosa en que los ingleses preparan los pepinos. Todo un signo de su carácter. La cocina alemana ha captado mucho mejor la fuerza de su sabor.*

*Pedí que me sirvieran el té con un poco de crema. Debía demostrar a estos aristócratas que conocía sus costumbres, aun cuando no las siguiera. La señora de la casa me sugirió que lo mejor para acompañar mi té era un panecillo con la excelsa clotted cream, una crema coagulada originaria del condado de Devon, cuya cremosi-*

*dad se hallaba entre la nata y la mantequilla, y, acerca de la cual, los ingleses decían que, una vez probada, no se olvidaba jamás.*

*De mi parte, tras probarla, procuré olvidarme de ella. Todas esas particularidades en el comer, sumado a lo soso de cómo preparaban sus alimentos, no hacía más que recordarme que era una extranjera en un país totalmente distinto y extraño a mi modo de ser y pensar.*

*Churchill hablaba hasta los codos, dándole todo género de prevenciones y consejos a Ignacio sobre su puesto. Por fortuna para mis oídos, tenía también sus lapsus breves de silencio, cuando le preguntaba a mi marido sobre el estado de la opinión en América del Sud respecto de alguna cuestión particular de la situación europea.*

*Yo, por mi parte, fijaba mi vista en los ventanales enfrente de mí que remataban en arcos de medio punto cerca del techo, por lo que otorgaban una vista privilegiada del verde parque que rodeaba a la propiedad. Dejaba vagar por allí mi mente, desinteresada por completo de tales asuntos.*

*En un punto de la conversación, Clementine le pidió que tocaran temas más amables y menos aburridos que la política. Fue el suyo un pedido cortés pero firme, que el dueño de Chartwell aceptó a desgano. Sonreí para mis adentros. Quizás esa inglesa, con todo su abolengo y recato, diez años menor que su esposo, fuera la única persona en el mundo capaz de hacer cambiar de parecer a su insufrible marido.*

*Claro que, político sagaz como era, pronto se las ingenió para volver a lo que le caía en gana, pero disimulando sus verdaderas intenciones.*

*—Entiendo que es descendiente de alemanes, señora. —Esa vez, su comentario venía dirigido a mí. Lo dije como si fuera algo parecido a una enfermedad contagiosa.*

*Asentí sin demostrar demasiada atención a la pregunta. Ignacio me dirigió una mirada de soslayo, de esas que marcan nuestras silenciosas diferencias.*

*—Es una pena lo que está pasando allí —prosiguió con la intención de sacar mi opinión a la superficie de las palabras.*

—Tal vez los alemanes piensen distinto a usted, míster Churchill —repliqué para evitar, como siempre y en casi todo, dejar en evidencia lo que siento por dentro.

—La tierra es un solo país; la humanidad, sus ciudadanos, señora. Nadie puede pensar que oprimir a sus propios ciudadanos sea algo bueno.

Había algo en él que me exasperaba. Quizá la suficiencia y ampulosidad de sus modos. Al fin se salió con la suya y me hizo decir lo que pensaba:

—¿Lo dice por los millones de hindúes que no tienen ni voz ni voto en su propia tierra, subyugados por una administración colonial que todo lo importante lo decide en Londres? ¿O, quizá, sea por la situación de los negros en los Estados Unidos, que carecen de los más mínimos derechos, pese a decirse una democracia? Creo, señor mío, que deberían verse más a ustedes mismos, antes de ponerse a juzgar a otras naciones a las que nunca han entendido.

No le gustó mi respuesta e iba a controvertirla, pero no le di tiempo a ello. En pocos asuntos soy más hábil que para quedarme con la última palabra en una discusión. Alegué, apenas terminé mi frase, un súbito dolor de cabeza para retirarme de la mesa. Un poco de aire en el jardín sería más que suficiente para reponerme, expresé a continuación. Clementine se ofreció para acompañarme. Decliné cortésmente el ofrecimiento.

Los caballeros se levantaron al hacerlo yo. Vi en la expresión de mi marido una muda mirada de reproche. Era evidente que no aceptaba lo dicho por mí, lo cual que no era ninguna novedad. No, al menos, en cuanto a la defensa del país de mis padres. Ignacio no comparte mis puntos de vista sobre lo que ocurre en Alemania. De hecho, poco nos une respecto de lo que piensa cada uno en casi todos los temas. Desde hacía tiempo nuestras ideas, como nuestras vidas, se habían distanciado.

Salí tan pronto pude de ese comedor. Abandoné el recio edificio de ladrillo rojo de doble planta y techo a dos aguas. Ignacio me había comentado que Churchill había gastado más del dinero que tenía en modernizarla hacía unos años. Me fijé en las ventanas, to-

*das a la usanza moderna, de dos hojas e inmaculadamente pintadas de blanco. Por los menos, sus pésimas ideas sobre la política no se extendían a la arquitectura.*

*Vagué un rato por los verdes jardines, recorrí los dos lagos artificiales y el sector dedicado a las rosas. Todo era muy hermoso y se veía el cuidado puesto en mantenerlo impecable. Pero tal belleza que me rodeaba no contribuyó, en nada, a disipar mi enojo.*

*Me disgustaba que se hablara así del país de mis padres. Por algo, esa especie de bulldog inglés estaba solo en el parlamento, donde nadie prestaba demasiada atención a sus aburridos discursos respecto del peligro de Alemania y la probabilidad de una nueva guerra en el mundo.*

*Por suerte, pronto nos iríamos de esa casa e incluso de la misma Inglaterra. Nuestro destino final estaba cerca, a muy corta distancia. Y tal proximidad despertaba en mí un extraño entusiasmo, siendo como soy, una persona difícil de entusiasmar en nada.*



## CAPÍTULO I

~

### UN ARRIBO PARTICULAR

*No somos criaturas de destinos.  
Es el viaje el que nos da la forma.*

Brandon Sanderson

**N**UNCA OLVIDARÉ ESE DÍA. YA HABÍAMOS DEJADO ATRÁS EL Canal de la Mancha y el Mar del Norte. Inglaterra, al igual que el entredicho de mi madre con míster Churchill, había quedado muy atrás, como si nunca hubiera pasado.

Estábamos parados allí todos juntos contra la borda de la cubierta de primera clase del trasatlántico; veíamos acercarse el puerto de Hamburgo. Papá, mamá, mis dos hermanos y yo. En nada desentonábamos de las otras pocas familias o parejas reunidas allí, en ese lugar con una vista privilegiada. Pero no podíamos ser más distintos a cualquiera de ellos.

Ninguno podía prever, entonces, lo que luego nos sucedería. Hay viajes que solo nos trasladan de un lado a otro. Pero existen otros que nos llevan a nuestro destino. No lo sabía entonces, pero ese era uno de ellos.

Estábamos a bordo del buque *Baden*, uno de los orgullos de la línea Hamburg-Amerikanische Packetfahrt A.G., que hacía su recorrido entre Alemania y el Río de la Plata. Claro que por esa

época, jovencísima y aún más inocente, no podía siquiera retener en parte ese larguísimo e impronunciable nombre. Me contentaba con abreviarla como НАРАГ, tal cual hacía todo el mundo.

Éramos, mi familia y yo, la parte más importante de sus diecisiete pasajeros de primera clase. Fiel a mi espíritu discordante, había dedicado mi tiempo de viaje no ha trabar relación con los demás pasajeros, como mis hermanos, sino a conocer todo respecto del buque que nos transportaba. Deseaba, embelesada, ser ingeniera, una profesión mal vista para las mujeres. Mi madre ya había rechazado mis anhelos en tal sentido, pero papá todavía no tenía una opinión decidida. Yo confiaba tanto en su comprensión como en mi insistencia para poder lograr se me dejara estudiar esa carrera.

A la espera de la resolución paterna, y en tanto otras jovencitas se dedicaban a devorar las revistas de moda, yo había recorrido de proa a popa el barco, en todos sus niveles. Hasta pude convencer a mi padre que gestionara el permiso para ver la sala de máquinas, donde ese gigantesco motor de triple expansión transmitía a una sola hélice la fuerza suficiente para impulsar las ocho mil toneladas del buque hasta los trece nudos de su velocidad crucero.

No era como los demás. Nunca lo había sido, aun cuando siempre me cuidara especialmente por disimularlo todo cuanto fuera posible. Constanza López de Madariaga para la generalidad de las gentes, Coti para la familia e íntimos, invariablemente desentonaba, a la corta o a la larga, respecto de lo que hacían las jovencitas de su edad. Siempre, sin excepción, a causa de mis peculiares inquietudes.

Un pájaro raro. Sí, bien podía definírseme en tal forma. Había llegado a Europa poblada de aspiraciones e ilusiones. Claro que, por entonces, ni yo ni nadie podía saber hasta qué punto mi vida daría allí varios giros.

Por ahora, solo podía percibir que ese viaje, acunado en la moderna técnica naval, llegaba a su fin. Entrábamos a un país extraño para mis hermanos y para mí, pero más que conocido para mamá y papá, aun cuando ninguno de ellos hubiera nacido allí.

El viento se hacía sentir en la cubierta donde estábamos. No tenía una particular intensidad, pero contaba con la fuerza suficiente para incomodar. Por eso, todos deseábamos estar dentro, sin embargo papá se empeñaba por mostrarnos los detalles del puerto y la ciudad, más allá de ese río ancho en cuyo curso nos adentrábamos más y más. Íbamos contracorriente, en la última etapa del viaje surcando el curso del Elba. Mis hermanos disimulaban la falta de interés; en tanto yo observaba maravillada la fuerza de los dos remolcadores que arrastraban la mole de nuestra embarcación.

Algún día, pese a mi condición de mujer, diseñaría ese tipo de cosas. A mis cortos años, intuía que mi destino no pasaba por ser la esposa de alguien, ni buscaba que mi vida se agotara dentro de la organización de un hogar.

Era temprano, la cena de despedida la noche anterior, una típica y aburrida comida de adultos, se había extendido hasta tarde, y estábamos ya cansados del viaje por mar. Yo, por mi parte, arrastraba mis habituales pesadillas nocturnas que me habían hecho dormir poco y de modo pésimo.

A unos pocos metros a nuestra derecha, mi madre contemplaba el paisaje absorta con la misma expresión de indiferencia que siempre tenía ante casi todo. Conocía de memoria esa mirada suya, dura y helada, que, sin embargo, muchos encontraban por demás atrayente. Había algo en sus ojos que nunca revelaban su estado de ánimo. Ella era para mí, a pesar de ser su hija, una persona tan envuelta en el misterio como para los otros.

Era muy bella, bella por demás, absolutamente bellísima. Ese día llevaba el cabello rubio recogido hacia atrás, a la altura del cuello con ondas a los costados y armados rizos en la frente. Eso le destacaba aún más el azul de los ojos y la palidez de la piel. Se había pintado de rojo los labios y, con un tono verduzco, los párpados. Vestía un abrigo oscuro con cuello y mangas de piel; llevaba un sombrero de ala corta, blanco con un listón azul oscuro, levemente echado hacia adelante.

Aun bien entrada en sus cuarenta, conservaba razonablemente esa belleza que había engendrado toda una leyenda de perfección

más de dos décadas atrás en Córdoba. Se decía, entonces y ahora, que era la mujer más bella y más glacial de la ciudad. Al igual que casi siempre, su rostro no revelaba la más mínima emoción por el final de nuestro largo viaje. Recordé las palabras de mi abuela, la madre de mi padre, oídas a las escondidas en nuestra ahora lejana casa, en el sur del mundo: “Tan perfectamente bella, y completamente fría, como la talla de un diamante”. No se trataba de un halago, sino de una acertada descripción. Había podido comprobarlo en carne propia a lo largo de mis pocos años de vida. No tenía, por tal motivo, muchos recuerdos infantiles de ella como madre. Siempre fui cuidada por niñeras y educada por institutrices. De todos modos, ninguno de los pocos hechos que podía rememorar junto a ella eran felices. Solo acudían a mi memoria, nada más que saludos formales y reprimendas enérgicas.

Tenía perfectamente en claro que era una hija fallida, aunque nunca había sabido muy bien por qué. Durante todo el viaje, por la inevitable cercanía a causa de los contados espacios del buque para estar, había existido una tensión entre nosotras. Bastaba que hiciera un comentario para que ella dijera todo lo contrario o, directamente, me mandara a callar. Parecía como si hubiéramos sido adversarias desde siempre.

Papá era muy similar en su modo hasta la muerte de mi hermana mayor. Un acontecimiento del que nunca se hablaba en casa, pero que cambió todo, de raíz, en mi familia. Antes, ni siquiera lo veíamos durante la semana laborable. Se levantaba al alba y regresaba, del consultorio y visitas al hospital, entrada la noche. Lo conocíamos más a través de los comentarios de terceros, por su renombre como uno de los mejores médicos del país, que por propias experiencias como hijos suyos. Luego de fallecer Sofía, abandonó casi todo y se dedicó a nosotros. Yo era consciente de que, por ser la única mujer y la más pequeña, la mayor porción de su repentino afecto vino dirigida a mí. Habría adorado disfrutarlo más con esa dedicación, pero, pronto, se me envió internada a un colegio de monjas por decisión de mi madre. Papá nunca pudo, quiso o supo oponerse a cualquiera de sus deseos. Fue un tiempo de so-

ledad marcada en mi vida que había culminado, a Dios gracias, al terminar allí mis estudios del secundario, justo antes de nuestro viaje a Europa.

Dos de mis hermanos mayores habían desembarcado en el puerto anterior que tocamos, en Southampton. Ellos cursarían estudios en Inglaterra; mis dos otros hermanos y yo, en Alemania. Era el acuerdo entre mi madre y mi padre, luego de un mes de idas y vueltas, ofertas y contraofertas, caras largas y trato distante, en medio de la mudanza de nuestra casa en Córdoba.

Permanecimos muy poco en Inglaterra. Un día en Londres para que mamá hiciera compras y casi todo otro en Kent con el amigo de papá que había hecho las gestiones para los estudios de mis hermanos. Solo había sido un mínimo intermedio, antes de llegar al destino final de nuestro viaje: Alemania.

Los remolcadores nos dejaron en una de las dársenas. Apenas terminaron de instalar la planchuela, desembarcamos. El capitán y sus oficiales estaban allí para despedirnos. Todavía no me acostumbraba a ese tipo de atenciones. Para mi natural timidez, resultaba algo torturante. También observé que pasaba algo similar con mis hermanos. Vi entonces el rostro de mi madre, que devolvía los saludos con esa sonrisa glacial suya. Pocas cosas disfrutaba más que captar la atención de los demás con ese aire de indiferencia.

Al bajar, comenzamos a dirigirnos al sector de aduanas, junto a los demás pasajeros de la primera clase. Volví entonces mi vista atrás y dediqué una última mirada a esa mole inmensa, negra hasta la cubierta principal, blanca de allí hacia arriba, con los cuatro mástiles, las líneas de banderines ocupadas a pleno, que remataba la estructura central, poblada de ojos de buey, en una gigantesca chimenea ocre; esa que exhibía en su final tres gruesas franjas con los colores de la vieja bandera imperial alemana: rojo, blanco y negro.

A pesar de que el tiempo de navegación, de más de un mes, me había hartado por lo monótono del mar, no pude evitar cierto sentimiento de nostalgia al tener que abandonar el barco por la tierra firme tan anhelada. Vi que el rostro del más próximo de mis

hermanos, Guillermo, tenía el mismo sentimiento en la mirada que yo.

Sobre las cubiertas inferiores, los otros setecientos pasajeros pertenecientes a la segunda y tercera clase esperaban, apiñados contra los barandales, el turno para bajar a tierra.

Le dirigí una última mirada a ese gran buque antes de encaminar mis pasos por el muelle. Me prometí entonces que, costara lo que costara, me saldría con la mía y llegaría a ser ingeniera. Haría entonces las máquinas más grandes que el hombre hubiera conocido. Pero construyera lo que construyera, siempre recordaría al *Baden* por ser el primer gran gigante de la técnica que había revelado ante mí sus secretos.

Al presentar nuestros documentos ante la aduana, la persona de uniforme que los revisó se fijó en una lista. Luego llamó a otro, quien nos pidió que lo acompañáramos. Mi madre observó a mi padre con cierta expresión de extrañeza, pero él estaba igual de sorprendido.

Un par de decenas de metros más allá, sin salir del mismo salón, nos aguardaban una pareja de hombres en uniformes azules, con casacas de estilo moderno en cuyas solapas estaban bordadas hojas de roble en hilo de plata; en los hombros tenían una especie de charreteras con hilos blancos. Ambos llevaban gorras del mismo color, en cuyo frente se veía una gran águila dorada de alas extendidas.

El oficial de aduanas les hizo una seña, antes de retirarse, y los dos hombres uniformados caminaron hasta cuadrarse ante mi padre con un rígido taconeo, extendiendo los brazos derechos hacia adelante a modo de marcial saludo.

—*Heil Hitler!* —dijeron ambos, casi a un mismo tiempo con un alemán claro, alto y sobre todo, firme.

Papá no supo muy bien que responder a eso. Lo supe por la sorpresa en su rostro.

—*Herr Doktor* —dijo el que estaba más a nuestra izquierda, que era el mayor en edad de ambos y quien tenía más insignias en

el uniforme—: Reciban a nombre de nuestro Führer, Adolf Hitler, usted y su familia, una cordial bienvenida al Reich Alemán.

Su castellano era impecable, salvo por el acento tudesco.

—*Danke sehr* —agradeció mi padre en alemán. Eso arrancó una sonrisa leve de satisfacción a nuestros recibidores.

A continuación, un hombre de traje, un poco más bajo que mi padre, calvo y con pequeños anteojos redondos se unió a nosotros junto a una joven de mi edad, impecablemente vestida, que llevaba su cabello oscuro y lacio en un *bob* corto hasta las orejas con flequillo apenas por encima de sus cejas, lo que le confería un cierto aire a la actriz Louise Brooks. Llevaba puesto un sombrero redondo, su vestido tenía un cuello algo amplio, disimulado con un collar de perlas. En el largo, le llegaba solo un palmo por debajo de las rodillas y estaba hecho de esas telas estampadas de última moda, que había visto alguna vez en las revistas de mi madre.

Eran el embajador saliente y su hija María Fiamma. Al intercambiar saludos con ella, no pude evitar un sentimiento de inferioridad. Estaba, además, discretamente maquillada con un rubor rosáceo en la mejilla y un tono coral apagado en los labios.

Me quedé observándola con admiración y envidia. Ella llevaba puesto todo lo que yo aspiraba usar en mis fantasías juveniles femeninas. A pesar de mis dieciocho años, mis padres seguían considerándome una niña. Heredé de mi madre el cabello rubio oscuro y los ojos azules y, desde siempre, en mi familia, se ha ponderado mi supuesta belleza, pero cualquier ventaja en el ramo por lo general quedaba anulada a causa de las reglas estrictas que sobre mí se impusieron. Llevaba mi cabello largo, sujeto por detrás con un moño, mi cara lavada sin ningún tipo de maquillaje y mi vestido de un tono crema iba desde el cuello a los tobillos, sin ningún tipo de adorno.

Peinado de niña, vestido de niña. Mi madre, nada quería saber respecto de cualquier cosa que implicara darme cierta adultez. Envidié por eso a María Fiamma apenas verla. Era más que evidente que la dejaban ponerse vestidos a la moda; su corte de cabello era producto de ir a un salón de belleza y no la paupérrima obra de

alguna empleada designada para que te cortara las puntas cada tres o cuatro meses.

El embajador al que debía reemplazar mi padre nos condujo con rapidez a lo largo de todos los trámites necesarios para poder abandonar el puerto. Era sumamente cortés con todos nosotros, pero estaba segura de que, detrás de esa educación impecable, había un cierto apuro, un deseo no expresado de terminar con nosotros lo antes posible.

Estábamos por subir a los autos cuando un grupo de periodistas se acercó hasta donde estábamos, y comenzó a lanzarle preguntas a mi padre. Mamá, que hasta entonces lo había seguido a unos pasos de distancia con aire ausente, se le acercó, esbozó una sonrisa y lo tomó del brazo.

—¿Qué opina de los cambios en Alemania, señor embajador? —le preguntó en alemán uno de los reporteros.

—Acabo de llegar, deme tiempo para observarlos —papá le contestó también en ese idioma, pronunciado de forma impecable.

—¿Cuál es su misión? —le inquirió otro, en tanto un par de fotógrafos realizaban su trabajo, apuntando las grandes máquinas negras y haciendo estallar en nuestros ojos esas luces blancas, provenientes de las bombillas de los flashes circulares.

—La ordinaria de cualquier embajador: procurar que la tradicional amistad y lazos que unen al pueblo alemán y al argentino se traduzcan en acciones concretas de sus gobiernos.

“Mi padre es un hombre apuesto”, pensé con orgullo. Incluso, cerca de sus cincuenta, aparentaba una edad mucho menor. Su cabello se conservaba espeso, apenas si tenía algunas canas en sus sienes. Lo llevaba peinado hacia atrás, siempre impecable y lustroso con la ayuda de fijador.

Vestía un traje color azul oscuro cruzado con un corte de un saco más estrecho en la cintura que amplio en los hombros. A la moda, los pantalones eran anchos en la parte superior y estrechos a la altura de los tobillos.



Cuando papá consiguió dejar conforme a la prensa, abordamos los autos: salimos del puerto y entramos en una amplia avenida que conducía a la ciudad.

—¿Te gustan los trenes? —preguntó María a mi lado que hacía como si las miradas embobadas de mis hermanos no existieran. Al ver que yo asentía, agregó—: Tenemos boletos para el más interesante de todos ellos.

Papá, mis hermanos, mi madre y yo. Todos nosotros iniciábamos el más peculiar viaje de nuestra vida. Aunque entonces nada pudiéramos saber de hasta dónde nos conduciría.

*¡Al fin en Alemania! Es lo único que importa, a fin de cuentas, en lo que a mí respecta. Si accedí para acompañar a Ignacio en este encargo, fue por el lugar adonde íbamos. Mi padre, a pesar de haberse ido a la Argentina, sin importar todo lo que había logrado allí desde la nada en tanto poder económico y estatus, nunca dejó realmente Alemania. De alguna forma, en espíritu, siguió aquí, a pesar de medio siglo viviendo primero en Buenos Aires y luego por toda la pampa con una carrindanga de mercaderías, hasta recalar en la ciudad Córdoba como próspero comerciante.*

*Nunca se nacionalizó, pese a haberle sido ofrecido mil veces, y hasta resultar más conveniente para los negocios. Jamás se dejó de hablar alemán en nuestra casa, de mantener las tradiciones, de vivir como alemanes. Solo cuando me casé con Ignacio, supe lo que era hablar español en la vida de entrecasa.*

*No, él nunca partió de esta tierra. En mi caso, soy una alemana que nunca había visto Alemania. Por eso, pese a mis pocas ganas de acompañar a mi esposo en otro de sus sacrificios por el país, accedí. Por alguna causa, sentí que esta ocasión se presentaba como algo distinto a otros ejercicios de lo que mi marido entiende como “sus deberes públicos”.*

*Tengo emociones encontradas en mí. Debería estar aliviada de llegar al término de nuestro viaje a través de un océano tranquilo, pero sin las comodidades a que acostumbro en tierra firme. Aun cuando lo hayamos hecho en primera clase.*

*Puede que resulte extraño, pero no creo estar llegando a ningún sitio, sino que me parece que solo vuelvo a donde pertenezco. Nunca antes he visto el país que ahora se presenta ante mis ojos. Mi Alemania es la Alemania de los recuerdos de mi padre, de las anécdotas y añoranzas de familia. Un cúmulo de tradiciones orales que siempre han formado parte de mi vida, aun para una persona como yo, poco afecta a engendrar sentimiento o recuerdo alguno.*

*Pero no vuelvo sola. Ignacio cumplirá una función importante aquí para la Argentina. A pesar de mis reparos, él fue quien insistió en venir todos juntos, como familia. Tal vez ese título nos quede grande o, cuanto menos, no lo seamos en el sentido usual del término. Aunque, para fortuna y tranquilidad de mi espíritu, ante los demás parezcamos una de las más correctas y socialmente aceptables.*

*Pienso en mis hijos. Espero que puedan adaptarse a esta nueva tierra, a su lengua, a sus costumbres que también les pertenecen a través de mi sangre. Yo, por mi parte, no tengo mayores dudas que podré ocupar el sitio que corresponde a la esposa de un diplomático. Solo espero que Ignacio haga lo suyo sin entrar en sus particulares consideraciones sobre lo correcto y lo incorrecto, o como debería ser el mundo. En el fondo, y aunque le cueste reconocerlo, mi marido es, desgraciadamente, un idealista y hace un culto de la honorabilidad más clásica. No tiene en cuenta que ese mundo va camino a su muerte. Yo, por mi parte, siempre he gustado de ser pragmática y saber adaptarme a los tiempos que debo vivir.*

*Veo a mis hijos varones. Pese a estar ya crecidos, hombres de pantalón largo hecho y derecho, siguen viniendo a mí como cuando pequeños. Me quieren más de lo que yo a ellos. Eso a veces me provoca culpa.*

*Con Constanza es distinto. Es la única mujer que nos ha quedado a Ignacio y a mí, luego de la insensatez de Sofía. Es sobrecolector su parecido a mí cuando tenía la misma edad. Se trata de algo que me impresiona profundamente. Es como verse a una misma, más de dos décadas atrás. Pero no deja de ser un aspecto, una imagen. No puede ser más distinta en su carácter de mí. Ha heredado a la familia de su padre a ese respecto. De su pérfida abuela, en reali-*

*dad. La conozco, sé lo que está pensando con esas miradas subrepticias que me dirige cada tanto. Me temo que está desarrollando una habilidad casi idéntica a esa vieja maldita para salirse con la suya en toda idea que se le cruce por la cabeza.*

*Además, me juzga. Lo ha hecho desde que tiene uso de razón suficiente para ello. Y no solo eso, me condena. Ahora tiene la misma edad que Sofía cuando nos abandonó. También me inquieta eso.*

*Sofía... El tiempo ha pasado, pero no los sentimientos. Aun para una persona con tanto dominio de sí como yo, su recuerdo sigue inquietándome. Mi hija mayor, mi más grande motivo de orgullo y la mayor decepción a un mismo tiempo.*

*Ha sido la única mancha en nuestra reputación. Todavía ese maldito hecho suyo, ese egoísmo demencial de su parte provoca los susurros por lo bajo y cada tanto de algunos en nuestra lejana Córdoba. Por fortuna, nada se sabe aquí de todo eso.*

*Ignacio habló de un nuevo comienzo. Nuestro como matrimonio e incluso como familia. Tal vez lo sea. O, quizá, se trate de algo mucho mayor, que en mi caso intuyo, pero no alcanzo todavía a vislumbrar en su naturaleza y extensión para nuestras vidas.*